8723

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

POBRE PORFIADO...

PROVERBIO

EN UN ACTO, EN VERSO,

POR

EUSEBIO BLASCO.

CUARTA EDICIÓN

3

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2—2.°

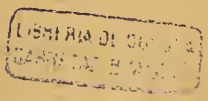
1887.

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE AGOSTO DE 1886.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á casa... que llueve	1	D. Ayllón López	Todo.
¡Central?	1	Adolfo Llanos	»
Cuestió de faldes	1	Antonio Roig	»
El año uno	1	Larra y Páris	»
El barber de carreró	1	Antonio Roig	»
El cusament de les borles	1	Antonio Roig	»
El Conde Lotario	1	José Echegaray	»
El día del sacrificio	1	Miguel Echegaray	»
El Indiano	1	Enrique Segovia	»
En la pendiente	1	F. Javier Santero	»
Enredar la madeja	1	N. N.	»
Esperanzas	1	F. Javier Santero	»
El lunes del Escorial	1	Mariano de Larra	»
Entre el amor y el deber	1	José Soto Pedreño	»
La alcandesa	1	Enrique Segovia	»
La boda de mi criada	1	E. Segovia	»
La lista grande	1	M. Echegaray	»
Les botiques de la O	1	Antonio Roig	»
Los demonios en el cuerpo	1	M. Echegaray	»
Los sinapismos	1	Ricardo Blasco	»
Patria libertad	1	Márcos Zapata	»
Pedro Jimenez	1	José M.ª Gutierrez de Alba	»
Ponerse la venda	1	Cuesta y Gay	»
Quedarse en tierra	1	Eduardo Navarro	»
Servicio forzoso	1	R. Blasco	»
Un matrimonio político	1	N. N.	»
El doctor Almedo	2	F. Javier Santero	»
La piedad de una reina	2	Márcos Zapata	»
La señora de Matute	2	Navarro	Mitad.
Las moscas	2	E. Segovia	Todo.
Clases de adorno	3	Antonio Sánchez	»
Dos fanatismos	3	José Echegaray	»
El bandido Rejo	3	N. N.	»
El cazador de Aguilas	3	Rossendo Arus	»
El centenario, ó la familia Fauvel	3	N. N.	»
El día del desposorio	3	Tomás Mur	»
El doctor Lorenzo	3	Rossendo Arus	»
El nuevo Tenorio	3	Bartrina y Arus	»
El maldito ó un rio de oro	3	Eloy Perillan	»
El tarjetero de marfil	3	Mariano Vallejo	»
La doctora	3	Joaquin Cabot	»
La encubridora	3	Bago y Francos	»
La doctoresse	3	Ferrier y Boccage	»
La huella del crimen	3	Rossendo Arus	»
La loca de aldea	3	N. N.	»
La ladrona de niños	3	N. N.	»
La sonámbula	3	Luis Sagur	»
La realidad y el delirio	3	José Echegaray	»
Las aves de rapiña	3	Sres. Arus y Vidal	»
Los caballeros del hierro	3	Juan Arian	»
María Antonieta Reina de Francia	3	N. N.	»
Tête de Linotte	3	Barriere y Gondinet	»
Vivir en grande	3	Miguel Echegaray	»
Felipe Derblay	4	Georges Ohnet	»

POBRE PORFIADO.



OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4.ª ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (4.ª ed.)
El amor constipado. (2.ª ed.)
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuca.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (3.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
La córte del rey Reuma.
La niñez engañosa.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobbe porfiado (4.° edicion.)
Las niñas del entresuelo.
El baston y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galan.
Moros en la costa.
Todo por el arte
¡Si yo tuviera dinero!
Dia completo.
¡Ultimo adios! (3.ª ed.)

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida. (2.ª ed.) — Esto, lo otro y lo de más allá —Soledades. (Poesías.)— Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.—Noches en vela. (Poesías.)

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrión. — (2) Idem.)
(3) Obra en colaboración con los principales escritores.

POBRE PORFIADO...

PROVERBIO

EN UN ACTO, EN VERSO,

POR

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez en el Teatro de la COMEDIA en Abril de 1878.

CUARTA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOLORES, 30 años.....	DOLORES FERNANDEZ.
EMILIO, 25 años.....	EMILIO MARIO.
SEBASTIAN, 50 años.....	JOSÉ RUBIO.

La escena en una casa de campo cerca de Madrid.

Esta obra es propiedad de la Testamentaría de D. JOSÉ MARÍA MOLES, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA EXCMA. SEÑORA

DUQUESA DE LA TORRE.

Labra el calor del campo en las entrañas
semilla humilde oculta en el sequío;
pingüe caudal el resonante río
reparte al paso en córtes y cabañas.
Engendra amor las bélicas hazañas;
rompe la fé las nieblas del hastío
cual sol brillante en el fecundo estío
nieve perenne quiebra en las montañas.
Noble amistad, consoladora idea,
gérmen de afectos dulces y mejores
que los que amor en sus violencias crea,
preste tu luz á mis humildes flores
alma y calor, con que mi musa sea
rica cual tú, de encantos y primores.

608095

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/pobreporfiadopro00blas

ACTO ÚNICO.

Una sala baja en una casa de campo.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO, luego el CRIADO.

EMILIO. Dicen que el campo convida
á gozar de la mañana,
más yo no he sentido gana
de madrugar en mi vida.
Y en tanto los ruiseñores
cantan con trino infinito
yo duermo como un bendito
soñando tiempos mejores.
¡Sebastian!

SEBAST. ¿Llamaba usté?

EMILIO. ¿Se ha levantado mi tía?

SEBAST. Cuando despuntaba el día
se marchó con don José.

EMILIO. ¿Y á dónde?

SEBAST. Á una posesion
á media legua de aquí.

EMILIO. ¿Me han dejado solo?

SEBAST. Si.

EMILIO. ¡Qué desconsideración!

SEBAST. Como usté estaba dormido

no han querido despertarle.
Su tía dijo: dejarle,
que pase el día aburrido.

EMILIO. ¿Luego no piensan volver
en todo el día?

SEBAST. Tal creo.
Como es muy largo el paseo
vendrán al anochecer.

EMILIO. Bueno; dame de almorzar.
¡Un día entero sin gente!
Si no fuera improcedente...
me volvería á acostar.
Trae la escopeta: mi vicio
es cazar, me iré muy lejos
á perseguir los conejos
y al menos haré ejercicio:
¡El campo! ¡Qué gran recurso!
ver los árboles frondosos;
los arroyos cadenciosos
en manso y tranquilo curso,
la huerta y sus mil labores,
y el corral y las gallinas,
y las verdes clavellinas,
y los pájaros cantores;
y andar de aquí para allí
del prado al bosque frondoso...
esto será muy hermoso,
pero esto no es para mí!
Mi tía es una señora
de apacible condicion,
que se acuesta á la oracion
y despierta con la aurora.
Harta del mundo en la edad
en que á nada ya se aspira,
aquí dichosa respira
en campestre soledad.
«Vente aquí, me escribe, ven,
que el campo es la paz del alma,
y aquí en deleitosa calma
lo vas á pasar muy bien.
Ven; Madrid te ha de cansar,
que es perjudicial y caro!

y yo cedo y vengo: es claro!
¿cómo me voy á negar?
Pero á los cuatro ó seis días
que por el campo discurro,
me harto, me rindo, me aburro
y en sordas melancolías
reniego de estos placeres,
pensando en las emociones
de la córte, en sus salones
y en sus hermosas mujeres,
y mi libertad inmolo
por complacer á la tía:
figúrese usté qué día
voy á pasar aquí solo!
(Sebastian entra con el servicio de mesa y lo va poniendo.)

SEBAST. El almuerzo,
EMILIO. (Paseando.) Poulo ahí.
SEBAST. Tortilla.
EMILIO. Bien.
SEBAST. Y jamón.
EMILIO. Bueno.
SEBAST. Perdiz.
EMILIO. Bien.
SEBAST. Melon.
Y queso y vino.
EMILIO. ¡Ay de mí!
Comeré hasta reventar
y beberé hasta caer;
porque el rascar y el comer
dicen que quiere empezar.
(Se sienta á almorzar.)
¡El campo! ¿Á quién no subyuga
su encantador atractivo?
voy á inventar un motivo
cualquiera para una fuga.
¡Ay, Sebastian!
SEBAST. ¡La perdiz!
EMILIO. Rendiré al campo el tributo...
Sebastian, tú eres muy bruto,
por eso eres tan feliz.
SEBAST. ¡Señor! (Riendo estúpidamente.)

EMILIO. ¿Cuánto hace que estás
viviendo entre tus rebaños?
SEBAST. Pues hará veintidos años
poco ménos poco más,
EMILIO. ¿Y á gusto?
SEBAST. Si usté supiera
la ley que tengo á esto!
EMILIO. ¿Sí?
SEBAST. ¡Si me sacaran de aquí
puede ser que muriera!
Me complace, lo confieso,
estar solo.
EMILIO. ¿Solo?
SEBAST. ¡Claro!
EMILIO. Eres un animal raro.
¿No te aburres?
SEBAST. ¿Y qué es eso?
EMILIO. Si te cansas, si el destierro
del mundo te aflige, bólo!
SEBAST. ¡Ah, no! y luego no estoy solo.
EMILIO. ¿Con quién vives?
SEBAST. Con el perro.
EMILIO. ¡Hombre! No has sido capaz
de casarte para ver...
SEBAST. ¡Pues si tuviera mujer
sí que no tendría paz!
EMILIO. ¿Crees tú?
SEBAST. Dan muy mal pago
y muchas sofocaciones,
y son como los gorriones,
donde entran hacen estrago.
Con pan blanco y vino tinto
soy yo más feliz que el rey.
EMILIO. Sebastian, eres un buey,
pero tienes buen instinto.
(Suena un coche.)
¿Qué suena?
(Sebastian se asoma á la ventana.)
SEBAST. Quién puede ahora...
(Va á asomarse á la ventana.)
¡Es un coche! Y va á parar...
EMILIO. ¿Quién nos vendrá á visitar?

SEBAST. Se ha bajado una señora.
EMILIO. ¿Una mujer? Quita, quita.
(Va á asomarse.)
¡Es mi prima!
SEBAST. ¿Qué le ha dado?
EMILIO. ¡Oh placer inesperado!
¡Oh inesperable visita!
Baja y procura ocultar
que se ha marchado la tía,
por si esta parienta mía
tiene reparo en entrar;
porque si sabe que estoy
solo aquí, tal vez no quiera...
SEBAST. Bien. (Se va.)
EMILIO. ¡Dolores! La hechicera
Dolores! ¡Qué felíz soy!
Una mujer linda, amable,
discreta, jóven, sensible,
un piececito invisible,
y un talle tan *apretable*,
y unas manos tentadoras,
y un encantador palmito,
y estar con ella solito
lo ménos cuatro ó seis horas!
Ya mi inextinguible fiebre
de amor tendrá recompensa:
pues donde menos se piensa
dicen que salta la liebre:
corazon, prueba tu fibra
y hártate al fin de emociones,
porque de estas ocasiones
entran muy pocas en libra!

ESCENA II.

EMILIO, DOLORES, SEBASTIAN.

EMILIO. ¡Dolores!
DOL. ¡Emilio mío!
EMILIO. (¡Emilio mio! ¿Qué escucho?)

DOL. ¡Estás más gordo!
EMILIO. ¿Sí?
DOL. Mucho.
EMILIO. ¡El campo!
DOL. ¿Cómo está el tio?
Sé que él y tia y Muñoz
salieron...
EMILIO. No tardarán.
DOL. Me lo ha dicho Sebastian.
EMILIO. ¡Sebastian, eres atroz!
DOL. Y aunque es una inconveniencia
pasar aquí un día entero
con un muchacho soltero,
me fío de tu prudencia.
Pues supongo que este ambiente
y esta existencia... rural,
te habrán hecho más formal
y ménos inconveniente.
EMILIO. ¡Gracias!
DOL. No es por adularte.
EMILIO. Ya veo. (Si empieza así...)
(Á Sebastian, que estará mirándoles fijamente.)
Pero hombre, ¿qué haces aquí?
¡hazme el favor de marcharte!

ESCENA III.

DOLORES, EMILIO.

DOL. Pues señor; como la tia
siempre me está convidando
y yo siempre estoy pensando
en hacerle compañía,
y en hora y media cabal
se pasa en camino llano
desde el ruido cortesano
á este oasis ideal,
buscando á mi *spleen* olvido
dije: pues no pasa de hoy,
cojo mi coche y me voy;

y aquí estoy... porque he venido.

EMILIO. Pues yo, lo juro, soñé
toda la noche pasada
tu visita inesperada
y al alba me desperté.
Y al oir el grato son
de las ruedas de tu coche,
dije yo: ¡el sueño de anoche!
alégrate, corazon.
Ya no puedes tener dudas,
esa es la que amante sueñas,
perla de las madrileñas
y nata y flor de las viudas,
la del cútis como el ampo
de la nieve y talle esbelto...

DOL. ¡Chico, qué cursí te has vuelto
desde que estás en el campo!

EMILIO. Haces, hermosa Dolores,
á mis flores poco honor.

DOL. Oye, primo hazme el favor
de no prodigar tus flores.
Yo vengo aquí á descansar
de amores y galanteos;
sólo traigo dos deseos,
reponerme y olvidar!
El campo me brinda calma
despues de todo un invierno
de insulso floreo eterno:
¡ay, amigo de mi alma!
harta estoy de adulaciones,
suspiros, cartas amantes
y caballeros galantes
y camelias y bombones.
¡No puedo más! Me es ya odiosa
toda amante insinuacion
y toda declaracion
y toda frase amorosa.
Despues de una temporada
madrileña de un semestre,
quiero hacer vida campestre
ni envidiosa ni envidiada.
No quiero oir ni una frase

que anuncie amante dolor,
ni más suspiro de amor
que el del viento cuando pase.
Ni más regalo al oido
que escuchar del dia al fin,
las flores en el jardin
los pájaros en el nido.
Descansar de la agitada
y alegre exitencia mia,
dormirme al morir el dia,
levantarme á la alborada.
Olvidar la farsa odiosa
del mundo y de su interés,
ver el campo tal cual es
en dulce calma dichosa,
y en soledad descansar
en estos sitios agrestes:
conque así, no te molestes
porque no te he de escuchar.

EMILIO. (Con vehemencia.) Tú eres la que yo soñaba
en el bullicio del mundo,
cuando con llanto infecundo
triste en soledad lloraba.
Te ví entre la confusion
de la vida madrileña,
jóven, amante, risueña,
de sensible corazon.
De mil hombres pretendida,
de mil esclavos tirana,
en mil fiestas soberana,
por mil amantes seguida,
de mil mujeres hermosa
reina á quien fuí tributario...

DOL. ¿Chico, eso es un inventario?
¡Me has dicho cinco mil cosas!
Já! já!

EMILIO. ¡Te burlas!

DOL. Repito..

EMILIO. ¿Qué?

DOL. Que no hay quien te soporte
y que me vuelvo á la córte
si continúas, primito.

EMILIO. Pero de qué hemos de hablar
cuando yo de amor me abraso?
DOL. ¡Ah, sí? Pues en ese caso
dí que vuelvan á enganchar.
EMILIO. Pero prima...
DOL. ¡Nada, nada!
EMILIO. Pero Dolores ..
DOL. ¡Me voy!
EMILIO. Pero...
DOL. ¡No sabes quién soy!
EMILIO. Pero...
DOL. Tu empeño me enfada.
Del amor el dulce influjo
años há que no he sentido,
y es porque lo he suprimido
por artículo de lujo.
Tengo á más otra razon:
mi luto está muy reciente
y yo le debo á la gente
mucha consideracion.
Un corazon sin segundo
tenía, mas lo perdí,
como á mi esposo lo dí
se lo llevó al otro mundo.
Y es claro, como con él
le tenía que llorar
me tuve que consolar
en fuerza de serle fiel.
No busques en mí pasiones
de que no te he de surtir,
y sólo me harán reir
tus galantes expansiones.
Yo no quiero amar, no sé,
no respondo al sentimiento,
y en fin, sábelo, no siento...
porque no tengo con qué!
EMILIO. ¿Vivir tú sin corazon?
DOL. (Á ver si así desespera.)
EMILIO. Lo siento, porque quisiera...
DOL. No me digas la razon.
EMILIO. Lo siento, porque...
DOL. ¡Qué empeño!

EMILIO. Pero es que...
DOL. ¡Ay Dios, qué pesado!
EMILIO. Bueno, si te has enojado...
me retiro. (Incomodado.)
DOL. Eres muy dueño.
EMILIO. Te dejo sola.
DOL. Los dos
no nos hemos de entender!...
EMILIO. ¡Pues adios!
DOL. Hasta más ver.
EMILIO. ¡Ahí te quedas!
DOL. ¡Bueno! ¡Adios!

ESCENA IV.

DOLORES.

Mire usted que es fuerte empeño,
mire usted que es mucha cruz
que no la dejen á una
vivir en paz! ¡Ay Jesús,
harta estov de galanteos
y de que me hagan el bú.
La verdad es que mi primo
no pinta mal su inquietud,
y aunque castellano viejo
tiene mucho de andaluz,
y ya que en Madrid no abunde
mucho el sentido comun,
este chico es presentable,
y heredó rentas de su
tío el marqués, unas casas
en la calle de la Cruz,
y en Aragon unas fincas
y olivares en Gallur....
Ya en el verano pasado
me dijo en San Juan de Luz
mi porvenir, prima mía,
puedes resolverlo tú.
Pero yo estoy ya tan harta
de estos niños, que no hay mús.

¡Hay cada sietemesino!
¡Señores, qué juventud!

ESCENA V.

DOLORES, EMILIO.

EMILIO. (Vamos á ver.)
DOL. Ahí está.
EMILIO. No extrañes que vuelva á hablarte.
DOL. ¡Ah!...
EMILIO. Necesito contarte
una cosa.
DOL. ¿Qué será?
EMILIO. ¡Una impresion de amargura!
Sentado estaba en un poyo
á la orilla del arroyo
que tiernamente murmura...
DOL. ¿Vuelves otra vez galante?
EMILIO. Es una leccion prudente;
déjame que te la cuente
porque es muy interesante!
Fuíme á llorar tu desvío
bajo la sombra de un chopo,
cuando reparé en un topo
que se salia del río.
Observé que me miró
y con topesca ironía
parece que me decia:
¡más topo eres tú que yo!
¿Tú no ves, querido amigo,
que yo aunque topo vulgar,
me he salido aquí á buscar
hembra que tope conmigo?
¿Quién ha visto, por mi nombre,
desistir al que pretende?
en un topo se comprende,
pero señor, en un hombre!
Vuelve á tus quejas amantes;
y mirándome al soslayo
me díjo:—Á casa, tocayo.

que aquí ya somos bastantes!

DOL. Si piensas con tu importuna
charla vencerme, lo siento
de veras, porque tu cuento
no me ha hecho gracia ninguna.

EMILIO. ¿No? Pues oye otra importante
revelacion! esta ha sido...

DOL. Pero, primo, si te has ido
de mi lado hace un instante!

EMILIO. En la alta copa redonda
de ancho pino corpulento
cantaba con triste acento
un mirlo en queja muy honda!
Su canto de amor oi;
mas él en cuanto me vió
quiso volar y voló;
pero yo que le seguí,
aprovechando un descuido
del pájaro enamorado.
¡zás! lo cogí de un puñado
y le pregunté afligido:
Qué penas pueden turbar
tus dulces horas serenas!
cuéntame, ¡oh mirlo! tus penas
sí es que se pueden contar.
Y él cantando su temor
con gorjeos de placer
que sólo puede entender
el que padece de amor,
dijo: es que mi alma espera
cuando llegue la alborada,
la visita acostumbrada
de mi dulce compañera.
Ella es mi luz de camino,
mi vida, mi amor, mi encanto;
cuando ella trina yo canto,
cuando ella canta yo trino.
Déjame ya ir á su lado,
y yo le dije envidioso:
¿por qué has de ser tú dichoso
mientras yo soy desgraciado?
¡Cuándo ella mi amor escuche

te soltaré! y él trinaba
y al escucharme temblaba...
y le palpitaba el buche!
Tú que eres tan compasiva
no le hagas desesperar,
déjale libre volar,
déjale que ame y que viva.
Ten de mi amor compasion
y préstate á redimirlo.
¡Déjame soltar el mirlo,
prima de mi corazón!

DOL. ¡Acabarás por lograr
que me ría!

EMILIO. Si me oyeres...

DOL. Pero ni aun riendo esperes
que me someta á escuchar
lo que me cansa y me hastía
y entender no me acomoda.

EMILIO. Pero...

DOL. ¡Cómo me incomoda
esta ausencia de la tía!

EMILIO. Oye...

DOL. Yo que aquí el sosiego
busco...

EMILIO. ¿Mi amor te molesta?

DOL. Me voy á dormir la siesta.

EMILIO. Pero primita...

DOL. ¡Hasta luego!

ESCENA VI.

EMILIO, luego SEBASTIAN con la escopeta.

EMILIO. ¿Es decir que no hay manera?
¿quiere decir que no hay modo?
Pues atropello por todo
y suceda lo que quiera.
La he de agobiar; es coqueta,
es fría, es terca, es esquiva;
¿no habrá un alma persuasiva
de tanto amor?

SEBAST. La escopeta;
EMILIO. Dime, Sebastian.
SEBAST. Señor.
EMILIO. ¿Si se empeña una mujer
en que no la han de querer,
cómo se la infunde amor?
SEBAST. ¿Qué?
EMILIO. Más claro; en fiera liza
lucho yo con una ingrata
y con su esquivez me mata!
SEBAST. ¡Péguele usté una paliza!
EMILIO. Hombre, por Dios.
SEBAST. Si se ofende...
allá en mi tierra; en el Frasno...
EMILIO. Sebastian, eres un asno.
SEBAST. Bueno, cada uno se entiende.
¡Mi padre era un hombre atroz!
EMILIO. Lo creo; saliste al padre.
SEBAST. ¡Pues sí señor! si mi madre
le levantaba la voz...
EMILIO. Pero, hombre, si aquí no hay tales
voces!
SEBAST. ¡Ah! ¿No?
EMILIO. ¡Majadero!
¡Vaya un sándio consejero
que estoy buscando á mis males!
SEBAST. Créalo usté, las mujeres
son unos bichos muy malos
y hay que tratarlas... á palos.
EMILIO. ¡Sebastian, qué bruto eres!
SEBAST. ¡Vaya, que usté ha decidido
no dejarme en paz, señor!! (Gritando.)
(Dolores asoma por entre las dos hojas de la puerta y dice.)
DOL. ¿Me hacen ustedes favor
de no meter tanto ruído?
EMILIO. (¡Bestía!) (Ap. á Sebastian.)
DOL. ¡Qué hospitalidad!
Gritas como un lugareño.
¡Yo tengo derecho al sueño!
EMILIO. Perdón.
DOL. ¡Qué barbaridad!

Usted me quiere aburrir...

EMILIO. Pero...

DOL. Con esos alardes
de voz.

EMILIO. Pero...

DOL. Buenas tardes. (Se oculta.)

EMILIO. La voy á escuchar dormir.
(Se sienta junto á la puerta de espaldas á Sebastian.)

ESCENA VII.

EMILIO, SEBASTIAN.

SEBAST. Vaya, que...

EMILIO. (En voz baja.) ¡Quita de enmedio!

SEBAST. ¡Bueno!

EMILIO. Y habla más bajito.

SEBAST. Bueno, bueno.
(Se queda en segundo término hacia la ventana.)

EMILIO. Necesito
que me quiera, sin remedio!
Cuanto más esquiva está
más me voy enamorando.
Ahora se estará acostando,
recordándome estará.
Tal vez sueña con mi amor;
oh corazon duro y sordo
y vil...

SEBAST. (Reparando on algo que se supone fuera y en voz bajita, dice:)
¡Aquello es un tordo!

EMILIO. ¡Oh causa de mi dolor!
¡oh mujer inoportuna
que tan sin calma me tienes!

SEBAST. (Ya cerca de la ventana.)
¡Ah ladronazo! ¿Ya vienes
á comerte la aceituna?

EMILIO. Descansa sin recordarme...

SEBAST. ¡Toma, ladron! (Apunta y dispara.)

EMILIO. (Dando un gran respingo.) ¡Jesucristo!
DOL. ¡Qué es eso!
(Saliendo precipitadamente del cuarto.)
EMILIO. (Á Sebastian.) Hombre...
DOL. ¿Por lo visto
usted se empeña en echarme?
EMILIO. ¡Si no te marchas de aquí!...
(Cogiendo una silla y amenazando á Sebastian.)
SEBAST. ¡Abur!
DOL. ¡Estoy divertida!
¡No me ha pasado en mi vida
cosa igual!
EMILIO. ¡Triste de mí!
(Pausa breve. Emilio dice con timidez.)
En aquella habitación
tienen que oirse los gritos.
Y luego hay muchos mosquitos...
DOL. ¡Yo sólo he visto un moscon!
EMILIO. (Me ha clavado.)
DOL. (Sentándose al velador.) Haré costura.
(Coge la labor.)
EMILIO. (¡Si digo que soy un bolo!
¿De qué me sirve estar solo
con tan linda criatura?)
DOL. (Me mira: no se corrige.)
EMILIO. (Parece que está contenta.)
DOL. (¿Se irá á marchar? No, se sienta.)
EMILIO. ¡Ay Dolores!
DOL. ¿No lo dije?
(De pronto Emilio se levanta y va precipitadamente á arrodillarse á los piés de su prima diciendo con tono trágico:)
EMILIO. ¡Ángel, que de mi destino
cambias el rumbo funesto!!
DOL. ¡Te maldigo, te detesto,
te aborrezco, te abomino!
EMILIO. ¡Dolores!
DOL. ¡Y no hay razon
para acosarme!
EMILIO. ¡Alma mía!
DOL. Si no tienes cortesía
ten al ménos compasión.

EMILIO. ¿Compasion?
DOL. Si tú supieras
lo que es estar día y noche
escuchando á troche moche
amor, quieras que no quieras!
Si tú suspiras la calma
y el juicio que há menester
en el mundo una mujer
que tiene sensible el alma,
para tener que callar
cuando un amaute la hostiga!
EMILIO. Es temor lo que te obliga...
DOL. ¡Hombre, ponte en mi lugar!
Yo soy viuda, mi conciencia
me manda ser muy prudente
y no hay hombre que no intente
triunfar de mi resistencia.
Vengo aquí huyendo al amor,
que si á él cedo me denigro;
y al evitar un peligro
caigo aquí en otro mayor.
Evítame estos berrinches,
cesa en tu amoroso idilio!
EMILIO. Mas...
DOL. Ténme lástima, Emilio!
EMILIO. Pero...
DOL. ¡Emilio, no me pinches!
ponte en mi caso.
EMILIO. Yo creo
que si en tu caso me viera...
DOL. Rendirte sin luchar fuera
muy poco digno y muy feo.
Qué es lo que al mérito dais?
¡hombres que así nos medis!
¿Resistimos? maldecis,
¿nos rendimos? murmurais.
¿Cómo debemos de ser?
EMILIO. ¿Cómo?
DOL. ¡No hallarás el nombre!
EMILIO. ¡Ay prima, si fueras hombre!
DOL. ¡Ay, si tú fueras mujer! (Pausa.)
Vamos á hacer una apuesta.

EMILIO. ¿Resistirás como sueles?
DOL. No; troquemos de papeles
y entretengamos la siesta.
Yo haré como que te quiero
cual el que ansioso enamora,
tú vas á ser la señora
y yo seré el caballero.
EMILIO. Mas...
DOL. Estas fichas redondas
(Cogiendo de la mesa la bandeja y fichas.)
del tresillo vé guardando,
que ya me las irás dando
segun cómo me respondas.
Yo te pondré en míl apuros
y probaré tu esquivez:
cada ficha de estas diez
representa... cinco duros.
Yo te hablaré al corazon
con los extremos más grandes,
y cada vez que te ablandes
de mi amorosa pasion,
en castigo á tu inocencia
y á tus instintos malditos
me darás cinco duritos
para la Beneficencia.
EMILIO. Recursos tengo seguros.
Y haré...
DOL. Harás lo que pudieres,
y si es cierto que me quieres...
EMILIO. ¡Con el alma!!
DOL. (Tendiendo la bandeja.) Cinco duros!
EMILIO. No habiamos empezado;
no vale!
DOL. Así aprenderás.
EMILIO. Oye, y tú qué me darás
si no te doy resultado?
DOL. Yo?...
EMILIO. ¿Qué voy ganando aquí?
DOL. Tú...
EMILIO. Por cada decepcion
me darás...
DOL. Un apreton

de manos...

EMILIO. Ó cosa así.

DOL. ¿Ó cosa así? Eso es muy lato.

EMILIO. Un abrazo.

DOL. Ya veremos.

EMILIO. ¿Empezamos?

DOL. Empecemos.
(Al ménos pasaré el rato.)

EMILIO. Para impregnarme mejor
de mi femenil tarea
me parece buena idea.

DOL. ¿Qué?

EMILIO. Ponerme á hacer labor.
(Coge el bastidor. Dolores se va á la puerta del foro y hace que entra de visita.)

DOL. ¡Buenos dias!

EMILIO. (Acento femenino.) Hola, primo.

DOL. ¡Tú siempre tan laboriosa!

EMILIO. La costumbre.

DOL. ¡Y tan hermosa!

EMILIO. Gracias.

DOL. Ahora yo me arrimo...

EMILIO. Arrímate; eso me agrada.
No me pise usted la cola.

DOL. ¡Siempre sola!

EMILIO. Siempre sola.

DOL. ¡Qué mujer tan retirada!
¡Usted que con su hermosura
pudiera en horas dichosas
reina ser de las hermosas
hacer vida y oscura!
Usted que tantos amores
inspira con su candor...

EMILIO. Oye, primo, haz el favor
de no decirme más flores.
Vengo al campo á prescindir
de piropos y floreos,
sólo tengo tres deseos,
comer, beber y dormir.
Estoy arto de canciones,
declaraciones amantes,
suspiros, frases galantes

y camelias y bombones;
y la paz vengo á buscar
en estos sitios agrestes;
conque asi no te molestes
y déjame trabajar.

DOL. Chico, esa voz es fatal,
y esas extrañas maneras...

EMILIO. (Se picó.)

DOL. Las exageras...

EMILIO. ¡Oiga!

DOL. Y te sienta muy mal.
Y para hacerte el amor
no es preciso que troquemos
de sexo.

EMILIO. Pues empecemos
de nuevo.

DOL. Será mejor.
Yo tu prima y tú mi primo
te haré el amor...

EMILIO. Bien está.

DOL. Y tu defensa será
más difícil.

EMILIO. Tal lo estimo.

DOL. Porque resistir las tretas
de una mujer aqui sola
contigo...

EMILIO. ¡Ay, querida Lola,
no!...

DOL. Veinticinco pesetas.

EMILIO. Pero...

DOL. ¡Nada!

EMILIO. (Dándola una ficha.) Toma.

DOL. Así,
te lo aseguro, amiguito,
los pobres de mi distrito
van á enriquecer por tí.
Ya verás tú cuánto cuesta
reprimir al corazón
cuando una amante pasión
se escucha y no se contesta.
¡Ya verás cuán meritorio
es en la mujer oir

lisonjas y resistir
á vuestro asedio amatorio!
¡Verás cuán rara es la esquiva
apariencia que en mí ves,
y cuán admirable es
la resistencia pasiva!
¡Verás cómo las mujeres
son de la moral sosten,
con su plausible desdén
de tentadores placeres!
Verás de sus detractores
la torpe injusta malicia...
y les harás más justicia
cuando te nieguen favores.
¡Ah! los hombres no comprenden
las luchas que sostenemos,
y al ver que nos defendemos
en vez de admirar, se ofenden.
Y no lo digo por tí,
que estás muy bien educado,
y justa fama has logrado
de galante por ahí,
y tienes talento y vales,
y por eso te se estima...

EMILIO. ¡Ay, encantadora prima,
tú me comprendes!

DOL. (Tendiendo la bandeja.) Cien reales.

EMILIO. (Me ha cogido.)

DOL. ¡Ah, caballero!
págame el ser presumido,
en cuanto te dije *envido*
ya ibas á decirme *quiero*.

EMILIO. (¡Quince duros! francamente,
no me va á salir la cuenta.)

DOL. ¡Qué mal ocultarse intenta
la vanidad imprudente!
Yo, Emilio, no soy coqueta,
la córte es muy tentadora,
y ántes que ser pecadora
quiero ser anacoreta.
Sea el campo mi remedio,
ya yes tú si esto es bien triste,

¿pero qué mujer resiste
á vuestro incesante asedio?
¡Los hombres! yo sé que son
sus palabras engañosas,
¡pero si dicen las cosas
con tan amante atraccion!
Una es jóven, es mujer,
es delicada, es sensible,
la asedian... ¿cómo es posible,
ver el agua y no beber?
Figúrate que tú fueras
frio, rígido, severo,
y yo en lenguaje sincero
con frases muy lisonjeras...
en el silencio profundo
de esta soledad callada
y echándote una mirada...
de carnero moribundo,
te cogiera de la mano
y con amante pasion (Cagiéndole de la mano.)
y abriendo mi corazon
por impulso sobrehumano,
te dijera que si enojos
me pueden dar tus desdenes,
tú mismo el remedio tienes
de mi pesar en tus ojos.
Que en ellos van á buscar
su fin los pesares míos,
como le buscan los ríos
en la inmensidad del mar.
Surja ya franco tu amor
y hable sin reserva el alma,
y aquí en soledad y en calma,
libre de amante rubor;
tu alma enamorada irradie
su luz y sea tu acento
leve para que ni el viento
pueda contárselo á nadie.
Que de celos se trapasa
mi pecho y me apesadumbra
la luz del sol que te alumbra
y la ráfaga que pasa.

Dime que á mis ansias locas
dulce galardon ofreces,
que aunque lo digas mil veces
han de parecerme pocas.
Dime que ya tu desvío.
desaparece y al dolerte...

EMILIO. ¡Pues cómo no he de quererte!!...

DOL. Cinco duros, hijo mio!!

EMILIO. ¡Esto es atroz! No te asombres
si cedo á tus engañosas
frases.

DOL. Yo pinto estas cosas
como las pintan los hombres.

EMILIO. Fuerza es que álguien te enseñase
estos secretos encantos...

DOL. ¡Ay hijo! me he visto en tantos
compromisos de esta clase!

EMILIO. ¿Y siempre te has defendido?

DOL. Por algo se me respeta.

EMILIO. ¡Pues te suponen coqueta!

DOL. Desdeñados habrán sido.

EMILIO. ¡Ya!

DOL. ¿Y el tener que escuchar
al que hace amoroso acopio,
de insultos, y al amor propio
piensa herir para lograr?

EMILIO. ¿Cómo?

DOL. Por ejemplo:

EMILIO. ¿Á ver?

DOL. ¡Cuidado con ablandarse!
(Vuelve á empezar como ántes.)
«¿Qué tontería es prendarse
de quien no sabe querer!»

EMILIO. ¿Cómo?

DOL. ¡Calla! ¡Qué pasion!
(Con dramática ironía.)
está más mal empleada!
¡Cómo puede sentir nada
quien no tiene corazon!
Usté es invencible .. oh, sí,
y en serlo no se molesta;
¡qué poco trabajo cuesta

vencer, cuando no hay de aquí!
(Señalando al corazon.)
¿Qué peligro puede haber
en las luchas amorosas
cuando se oyen ciertas cosas...
como quien oye llover?
No hay medicina mejor
del amor, que hacerse el sueco:
quien tiene el corazon seco
¿cómo ha de sentir amor?
No tendrá ningun desliz
quien tan poca vida gasta;
ay, hijo, con esa pasta
debe usté ser muy feliz!
¡Su primo de usté, el que en Francia
me quiso, sí que es fogoso!
Pero usted! Si usté es muy soso...
¡si no tiene usté sustancia!

EMILIO. ¡Oye!

DOL Vacilar, sentir,
luchar, temer, desear,
creer, entregarse, amar
sin reserva, eso es vivir!
Rendir culto á la inconsciente
rauda pasion, honda, intensa,
sin pensar nada! quien piensa
lo que ha de sentir no siente!
Si en mezquina reflexion
al corazon contenemos,
entónces, ¿por qué tenemos
nervios, sangre y corazon?
Si así á la pasion engañas
corazon frio, infecundo,
¿qué vas á hacer en el mundo
mirando á las musarañas?
Rompe tu cárcel por ver
si el aire sabes hendir,
que si no sabes vivir
más te valió no nacer!
¡Rompe los estrechos muros
que se te vienen encima!

EMILIO. ¡Oh, sí, yo quiero amar, prima!

¡Viva el amor!

DOL. Cinco duros!

EMILIO. Tómalos, pero mi ahinco
no calmo!

DOL. ¡Otros cinco!

EMILIO. Van! (Dándoselos.)
¡Yo siento invencible afan
de idolatrarte!

DOL. ¡Otros cinco!

EMILIO. ¡Bueno! Tú le anuncias dichas
inmensas á un alma ardiente.

DOL. Diez pesos.

EMILIO. No, toma veinte!
¡Te amo!... y no tengo más fichas!

DOL. ¡Venga, moneda, insensato!

EMILIO. ¡Toma! tu amor me promete...

DOL. ¿Callarás?

EMILIO. ¡Toma un billete...
y déjame hablar un rato!
¡Ah! tu lenguaje me anuncia
un alma tan bien templada
que no me detiene nada,
mi corazon se pronuncia.

DOL. Por los pobres te prometo
derrochar tu sentimiento.

EMILIO. Tú tienes mucho talento.

DOL. Y tú estás loco, primito.

EMILIO. Estoy loco; obres cual obres,
yo quiero ser muy explícito.
Cuanto tengo...

DOL. (¡Todo es lícito
por ayudar á los pobres!)

EMILIO. Mi corazon... cinco pesos. (Dándoselos.)
Sufre hace tiempo, Dolores,
misteriosos sinsabores
hijos de antiguos excesos.
Igual al tuyo, refleja
del mundo el fatal hastío,
que tu corazon y el mio
no han hallado su pareja.
Fuerza es que tu pecho me abras.
¡Madrid, allí se respira!

mentira eterna, mentira!
¡Palabras todo, palabras!
Pues yo soy rico y tú hermosa...
(Viendo que Dolores le pide.)
Ya voy. Pues nos conocemos.
Quédate aquí; viviremos
una existencia dichosa.
Porque yo... diez duros más; (Dándoselos)
seré bueno: tú eres buena.
No hay más; toma la cadena!
y tú... toma la sortija.
¡Y yo... toma el alfiler!
Hemos de ser algun día...

DOL. ¡No te han de valer tus tretas! (Yéndose.)

EMILIO. ¡¡¡Óyeme un par de pesetas
que me quedan todavía!!!

DOL. ¡Já, já, já!

EMILIO. ¿En estrecho lazo
viviremos?

DOL. ¡Ya no insisto
en negar!

EMILIO. ¿No?

DOL. ¡No resisto!

EMILIO. ¿No resistes? ¡Un abrazo!

DOL. ¡Chico!

EMILIO. ¡Aqui cada uno cobra
como puede!

DOL. Es que me asustas,

EMILIO. ¿Pero te gusto?

DOL. Me gustas.

EMILIO. ¿Te gusto? ¡Vaya otro!

DOL. ¡Y sobra!
Veo en tí...

EMILIO. Mucha aficion
á tí y pasion furíbunda.

DOL. Veo en tí lo que no abunda.

EMILIO. ¡Y qué es en fin?

DOL. Corazon.

EMILIO. Y yo en tí lo que al infierno

no llega, y yo lo he sabido.
Oye un raro sucedido
que he presenciado este invierno.
Puso el diablo un gran bazar
de mujeres condenadas,
y al oirlas pregonadas
todo el mundo fué á comprar.
Yo también fuí; ¿quién no acude
á donde hay tal mercancía?
pero tanta gente había
que adentro llegar no pude.
Los hombres con malos modos
querían por fuerza entrar
y gritaban, no empujar
que hay mujeres para todos!
¡Quién las quiere! pregonaba
el diablo que las vendía,
y cada cual le pedía
la que más necesitaba.
Uno rubia, otro morena,
éste flaca, el otro gorda,
aquél muda, estotro sorda,
éste propia, aquél ajena.
Quién la desea muy chica,
quién alta, esbelta y graciosa,
los unos ¡que sea hermosa!
los otros ¡que sea rica!
Uno, muy corta en dispendios,
éste la que más le cuide...
y hasta hay hombre que la pide
asegurada de incendios.
Ya que de elegir se trata,
digo yo, vamos á ver,
déme usted una mujer
buena, bonita y barata.
Y dijo el diablo cumplido
lindas, buenas y no caras?
esas por aquí son raras
y aún no las he recibido.
Sonriendo me salí
y al mundo alegre torné
que aquél día averigüé

lo que hoy he hallado en tí.
Señoras, con todas hablo,
bonítas, buenas, modestas...
estas son mujeres, estas
que no se las lleva el diablo!

DOL. Á la tía le diremos...

EMILIO. ¡Ay, prenda adorada mía!

ESCENA ÚLTIMA.

DOLORES, EMILIO, SEBASTIAN.

SEBAST. ¡Ahí tiene usté ya á su tía!
(Viéndoles abrazados.)
¡Paice que nos entendemos!

EMILIO. Me caso.

SEBAST. ¿Qué?

EMILIO. Justo.

SEBAST. ¿Usté?
¡Me voy á poner de luto!

EMILIO. ¡Sebastian, eres un bruto!

SEBAST. Gracias, señor.

EMILIO. No hay de qué.

DOL. Mis pobres tendrán por tí
limosnas y pan y abrigo.

EMILIO. La dulce ocasion bendigo
en que su recurso fuí.

DOL. Y si el casado á conciencia
le llama cruz á su estado,
nosotros la hemos tornado
en cruz...

EMILIO. ¡De beneficencia!

FIN.

POST-SCRIPTUM.

No es completamente original este proverbio: en una comedia francesa en un acto, escrita, no para el teatro, sino para representarse en una temporada de campo, hay una escena parecida á la culminante de este proverbio mio, pero no he debido llamarle arreglo, porque creo haber agrandado aquella idea y dándole una forma cómica é incidentes nuevos, y en versos castellanos que al autor francés no se le ocurrieron en su ligerísimo trabajo.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde

ZARZUELAS.

Aire eolado	1	Sres. Manuel Nieto	M.
Antolin	1	R y J. Taboado	L, y M
Chin-Chin	1	Perrin, Palacios y Nieto	L. y M.
De Lavapiés á Galicia	1	Arango y Viaña	L. y M.
Desenlace de un drama	1	Guzman y Garcia Catalá	L. y M.
Dos viruelas á la vejez	1	Emilio Ramos	L.
El cuento del año	1	Eduardo Navarro	L.
El club de los feos	1	Perrin y Palacios	L.
El figón de las desdichas	1	Antonio Llanos	L.
El grito del pueblo	1	Granés y Cereceda	L. y M
El oro de la reacción	1	Fernandez. Caballero	M.
Fuegos artificiales	1	Cárlos Maagiagalli	M.
Juanito Tenorio	1.	Manuel Nieto	M.
Juegos Icarios	1	Manuel Nieto	M.
La fiesta de la Gran Via	1	Manuel Nieto	M.
La Lolilla na parecido	1	E. Sanchez Seña	L.
La viña del señor	1	Navarro y Caballero	L. y M.
La opera española	1	Rafael Taboada	M.
Los amores de un cesante	1	Antonio Roig	L.
Las bodas de Jeromo	1	P'ña Garcia y Nieto	M. y 1|2 L.
Los sobrinitos	1	R y Joaquin Taboada	L. y M
Manicomio político	1	Eduardo Navarro	L.
Modus-vivendi matrimonial	1	Manuel Nieto	M.
Te espero en Eslava tomando café.	1	Granés, Lustonó, Jacksón y Nieto	L. y 1|2 M
Toros embolados	1	M. Nieto	M.
Tres y repique	1	E Navarro	L.
Tula	1	Rafael Taboada	M.
Playeras	1	Adolfo Llanos	L.
Madrid en el año 2.000	2	Perrin. Palacios y Nieto	L. y 1|2 M.
El estudiantillo	3	López Ayllón	L. y M.
Las amazonas del Ganges	3	Casademunt	1|2 L.
Manolito el Rayo	3	López Ayllón	L. y M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.